

INTRODUCCIÓN

LA CONSTRUCCIÓN DISCURSIVA DE LA PERIFERIA LATINOAMERICANA

Teníamos la ilusión de ir fundando ese espacio desconocido a medida que íbamos descubriéndolo, como si ante nosotros no hubiese otra cosa que un vacío inminente que nuestra presencia poblaba con un paisaje corpóreo [...].

Juan José Saer, *El entenado*
(1995 [1983]: 27)

No cabe duda de que los vastos espacios de América Latina constituyen una persistente obsesión en la cultura moderna. Consideradas a veces como territorios desprovistos de «civilización» o zonas inasimilables y, por ende, excluidas de ciertos proyectos sociopolíticos, estas regiones misteriosas son al mismo tiempo una fuente de fascinación y de malestar para numerosos intelectuales tanto locales como extranjeros.

Más específicamente, la preocupación por dichos espacios y sus habitantes se agudiza en el período de formación de las naciones latinoamericanas, como revela claramente Domingo Faustino Sarmiento en su famoso *Facundo* (1845).¹ Un ejemplo más actual se encuentra entre las abundantes obras artísticas y científicas generadas por la impresionante resistencia de la Amazonía a la apropiación absoluta: la serie televisiva *The River* (2012), creada por Oren Peli junto con Michael R. Perry y producida por Steven Spielberg, cuyos protagonistas experimentan simultáneamente una seducción cautivadora y un terror agobiante al sumergirse en el mundo selvático.

Sin embargo, no se trata de un fenómeno reciente. El pertinaz vaivén entre la atracción y la repulsión hacia las áreas marginadas conoce una larga tradición que se remonta al principio de la conquista de América, la cual fue la primera instancia en la que se impuso el sistema jerárquico que pervive hasta nuestros días. Ubicado en este marco temporal, el pasaje de Juan José Saer citado arriba expresa cabalmente el deseo colonial de llenar físicamente el Río de la Plata, que se concibe como «un vacío inminente», sublime pero perfectamente adquirible y maleable. El propósito del presente libro es

¹ Cabe señalar que, entre los diversos títulos que ha llevado este texto canónico, el de la edición que manejo es *Facundo: civilización y barbarie* (2011 [1845]).

precisamente trazar las continuidades y rupturas de la ambigua marginación sociocultural de algunos pueblos latinoamericanos tal como aparece representada en las letras coloniales y contemporáneas, yendo contra la corriente usual en los estudios (pos)coloniales que ha desatendido «las otras crónicas» relativas a la periferia.²

Este proyecto nació de mi interés a la vez académico y personal por las culturas discriminadas de América Latina, las cuales en muchos casos comprenden la mayoría de la población de un mismo país. Aunque la problemática principal está lejos de ser desconocida, me pareció productivo empezar con un enfoque en los estudios coloniales, un campo en que se suele poner énfasis en las sociedades adelantadas (maya, azteca o inca) de los virreinos de la Nueva España y del Perú. Luego, al toparme con *El interior: la primera Argentina* (2006) de Martín Caparrós en una librería porteña durante uno de mis viajes de investigación a la Argentina, me resultó fascinante constatar que varios mecanismos retóricos que había observado en los primeros capítulos de mi manuscrito volvían a surgir en esta crónica del siglo XXI, junto a una multitud de comentarios de otra índole. Enseguida me propuse detectar con minuciosidad y ojo crítico las huellas de este «legado colonial» con el fin de arrojar una luz distinta sobre la compleja naturaleza de las culturas de la periferia latinoamericana en el nuevo milenio.

Por lo tanto, en una primera etapa analizaré cómo opera el discurso colonial en una serie de relaciones escritas en los siglos XVI y XVII sobre lo que llamaré la «periferia colonial» (esos inmensos espacios que son la Amazonía, el Gran Chaco y el Maranhão, por ejemplo).³ Los textos en cuestión son la *Relación del nuevo descubrimiento del famoso río grande de las Amazonas* (1542) de Gaspar de Carvajal, los *Comentarios* (1555) de Pero Hernández, la *Histoire de la mission des pères capucins en l'isle de Maragnan* (1614) de Claude d'Abbeville y la *Suite de l'histoire des choses plus mémorables*

² Nótese que toda referencia a América Latina (o al adjetivo *latinoamericano*) en los siglos XVI y XVII es anacrónica, ya que este término surge oficialmente en 1856. Para más información, ver Mazzotti (2000).

³ Según Peter Hulme, el discurso colonial es «an ensemble of linguistically-based practices unified by their common deployment in the management of colonial relationships, an ensemble that could combine the most formulaic and bureaucratic of official documents [...] with the most non-functional and unprepossessing of romantic novels» (1992 [1986]: 2). Para otras definiciones, ver González Stephan y Costigan (1992), así como Popeney Hart y Chacón Gutiérrez (2002). Aunque Rolena Adorno (1993) y Walter Mignolo (2003 [1995]) han criticado este concepto por razones legítimas, sugiero que todavía tiene sentido usarlo en relación con los escritos de mi corpus.

advenues en Maragnan (1615) de Yves d'Évreux.⁴ En una siguiente etapa examinaré *El interior* de Caparrós para estudiar un caso ilustrativo de la persistencia (probablemente paródica) de dicho discurso colonial en la narrativa latinoamericana del siglo XXI.

Es innegable que lo que vincula los relatos de este corpus es su posible clasificación como crónicas. En efecto, tiene sentido relacionar escritos que pertenecen al mismo género, un género particularmente interesante por su hibridez y oscilación entre la ficción y la no ficción, con la intención de ofrecer un punto de vista singular sobre las estrategias retóricas usadas para describir un «nuevo» entorno.⁵ Otro aspecto que entrelaza las obras seleccionadas es el hecho de que se aúnan a los esfuerzos actuales por descubrir las conexiones entre los textos (pos)coloniales de las Américas más allá de las fronteras geográficas, lingüísticas o sociales, y cuyo mejor ejemplo son las conferencias organizadas por el profesor Ralph Bauer: «Summit of Early Ibero- and Anglo-Americanists» (Tucson, EE. UU., 2002) y «Beyond Colonial Studies» (Providence, EE. UU., 2004).⁶ En una disciplina como la de la crítica literaria donde se han ido subcategorizando las regiones culturales,⁷ su comparación es a la vez útil y necesaria, sobre todo cuando se trata de «zonas de contacto».⁸

⁴ Conforme a las normas de la colección Nexos y Diferencias, todas las cuales sigo en este libro, las citas de las obras en idiomas extranjeros (y, por ende, los títulos) aparecerán en su versión original. También, siempre y cuando sea posible, no repetiré el año de publicación de las fuentes primarias después de la primera cita. Respecto a los nombres foráneos, emplearé su forma castellana si esta es común. Quisiera agregar que la cursiva en las citas textuales refleja el énfasis del autor, a menos que se indique lo contrario.

⁵ Para un análisis de la crónica latinoamericana desde el siglo XVI hasta el XXI, ver el inicio del cap. 4.

⁶ No puedo dejar de precisar que mi propia territorialidad académica es extremadamente variada, dado que soy quebequense y, tras obtener un doctorado en la Universidad de Harvard, trabajo como latinoamericanista en la Universidad de la Columbia Británica. Al escribir en castellano espero establecer un diálogo múltiple con los (pos)colonialistas hispanohablantes que ejercen su profesión desde otras academias y discursos críticos.

⁷ «Durante la segunda mitad del siglo XX y fundamentalmente a partir de los años setenta, se comenzó con lentitud a trabajar en base a la percepción de la diversidad del continente, centrada en algunas áreas que pluralizan su perfil internamente, por una parte en matrices culturales distintas, por otra en función de la evolución histórica de éstas» (Pizarro 2005: 59).

⁸ El término *contact zone* fue acuñado por Mary Louise Pratt, quien lo definió de la manera siguiente: ««[C]ontact zone» is an attempt to invoke the spatial and temporal copresence of subjects previously separated by geographic and historical disjunctures, and whose trajectories now intersect» (1992: 7).

Con estos factores culturales en mente, me interesa plantear que en la época colonial el discurso periférico, aunque mantiene vínculos sólidos con el discurso canónico (como el de Hernán Cortés, entre otros autores), enfatiza algunos mecanismos discursivos y estrategias narrativas para retratar el medio físico y humano. Empleo el término *periferia* a lo largo del libro porque estos territorios fueron descuidados —tanto a nivel cultural como político— por el aparato colonial y percibidos como casi vacíos; es decir, a diferencia de los centros de los virreinos de la Nueva España y del Perú, estaban desprovistos de monumentos culturales, organización urbana y sujetos «civilizados».⁹ Por consiguiente, representaban lo que no cabía en la visión de los nacientes imperios europeos y aquello de lo que se podía prescindir: lo exorbitante, lo bárbaro y lo ajeno. No obstante, es importante señalar que los exploradores de estas tierras no llegaron del todo a instaurar una separación concreta entre el espacio que ocupaban y el de los indígenas. Esta circunstancia provocó que lo «civilizado» y lo «salvaje» tuvieran que coexistir en el mismo lugar, acarreando visibles crisis de identidad y el frecuente cruce de la frontera moral por parte de los expedicionarios. En la época contemporánea dicha periferia consiste en inmensas regiones marginadas en el «interior» de América Latina que todavía resultan algo problemáticas para los centros geopolíticos como Buenos Aires, Río de Janeiro y São Paulo, entre otros.¹⁰

1. La emergencia de la periferia latinoamericana en la cultura colonial

La periferia colonial se formó progresivamente debido a varios factores, como nos recuerda Benedict Anderson en *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (1983): predominan la arbitrariedad de los límites impuestos por las primeras conquistas, la falta de

⁹ Es indudable que los colonizadores necesitaban considerar estas regiones como vacías: según plantea Ernesto Livon-Grosman acerca de la Patagonia, «[l]a colonización, el encuentro con los indígenas, en última instancia la ocupación de un territorio y lo que habrá de ser la justificación de esa guerra de ocupación requieren de ese vaciado. Requieren que se presente a la Patagonia, a los indígenas y al territorio, como un fenómeno natural cuya historia se funde con la narrativa misma del viajero» (2003: 35). Además, Anne McClintock (1994: cap. 1) se refiere, desde las perspectivas feminista y racial, a los espacios vacíos como parte de la retórica imperial.

¹⁰ Por supuesto, es indiscutible que, pese a que este no sea mi enfoque principal, existen otros tipos de marginación sociocultural en las Américas, incluso en dichos centros urbanos.

comunicación entre las unidades administrativas y la especificidad de las políticas comerciales de Madrid respecto a cada zona económica (2006 [1983]: 52-53). La marginación de estas comarcas, no del todo sujetas al poder de la metrópoli, llama aún más la atención si se tiene en cuenta que, irónicamente, lo que se considera como la periferia de los imperios europeos cubre la parte más sustancial del área geográfica sudamericana, mientras que el núcleo del virreinato del Perú está situado en los márgenes centro-occidentales del continente, configuración que persiste hoy en día en los países andinos.¹¹ Habría que añadir que, aunque en nuestro período posderridiano de teoría literaria se impone la deconstrucción del binarismo centro/periferia, me parece fundamental resaltar la relación jerárquica que se estableció entre dichas instancias, antes de subvertirlas.

Sin duda alguna, la metrópoli colonial tenía numerosas razones para privilegiar los centros de la Nueva España y del Perú sobre los territorios periféricos. La riqueza inmediata y las recompensas sociales obtenidas por Cortés y los hermanos Pizarro como resultado de sus conquistas generaron un clima de euforia que tuvo notorias repercusiones en las crónicas y el arte visual de la época.¹² Además, la cultura sofisticada y la organización social de los mayas, aztecas e incas eran admirables y fáciles de asociar con la sociedad monárquica de la patria europea.

Por el contrario, el estatus de la periferia se fue determinando en contraste con las concentraciones urbanas, según se verá en el primer capítulo: los extensos espacios naturales carecían de todo lo que representaba la ciudad, como el orden y la civilización. En *La ciudad letrada* (1984) Ángel Rama lo explica en estos términos: «[T]odo orden implica una jerarquía perfectamente disciplinada, de tal modo que las ciudades americanas entraron desde el comienzo a una estratificación que, a pesar de sus cambios, fue consistentemente rígida e inspirada por los mayores o menores vínculos con el poder transoceánico» (18).¹³ Obviamente, en la periferia no existía la «ciu-

¹¹ Sobre la conformación de la América Latina colonial, ver el mapa que aparece al principio de *Ceremonies of Possession in Europe's Conquest of the New World, 1492-1640* (1995) de Patricia Seed. En cuanto a la concepción de la brecha entre las culturas costeña y serrana en el Perú, ver Gelles (2002: 250).

¹² Respecto a estas representaciones, ver Rojas Mix (1992), así como Magasich y de Beer (2001).

¹³ Rama pone un énfasis particular en la ciudad latinoamericana: «Desde la remodelación de Tenochtitlan, luego de su destrucción por Hernán Cortés en 1521, hasta la inauguración en 1960 del más fabuloso sueño de urbe de que han sido capaces los americanos, la Brasilia de Lucio Costa y Oscar Niemeyer, la ciudad latinoamericana ha venido siendo básicamente un parto de la inteligencia, pues quedó inscrita en un ciclo de la cultura uni-

dad letrada», esa ciudad «no menos amurallada ni menos sino más agresiva y redentorista», «sacerdotal», el origen y templo de la alta cultura (25). El entorno, definido en función de su grado de urbanización, tenía entonces connotaciones simbólicas: como precisan Santa Arias y Mariselle Meléndez, coeditoras de *Mapping Colonial Spanish America: Places and Commonplaces of Identity, Culture, and Experience* (2002), «[p]lace influenced the way colonial Spanish America was created discursively, historically, culturally, politically, and legally» (16).

Merece la pena observar que también los relatos de las conquistas de los centros de la Nueva España y del Perú eran impresionantes y más inteligibles que los de la periferia. Su estilo triunfalista era seductor y recordaba el género épico y/o las novelas de caballerías, correspondiendo así al «horizonte de expectativas» implícito en los mecanismos interpretativos del público lector. Las estrategias empleadas por Cortés para presentarse a sí mismo como modelo de conquistador y fiel vasallo del rey, según demuestra magistralmente Beatriz Pastor en *Discursos narrativos de la conquista: mitificación y emergencia* (1988 [1983]), tenían la capacidad de convencer al lector tanto de su valor personal como del de la conquista. Por otro lado, los textos provenientes de las áreas marginadas eran más ambiguos y revelaban los fracasos de la retórica imperial. Este juicio de valor es todavía más significativo si se considera que, en cierto sentido, la preferencia por las crónicas canónicas sobre las conquistas «heroicas» de los imperios «civilizados» azteca e inca, como las del propio Cortés y Pedro de Cieza de León, implica una valoración prefigurada que se ha mantenido hasta hoy en día en el campo de la crítica académica.¹⁴

Paradójicamente, las regiones «no civilizadas» se convirtieron al mismo tiempo en una fuente única de fascinación y maravilla para el ojo imperial, y fomentaron la producción de una gran cantidad de escritos literarios, etnográficos e históricos.¹⁵ Por ejemplo, el ya mencionado espacio enigmático de la Amazonía es un desafío crucial para numerosos historiadores, literatos y

versal en que la ciudad pasó a ser el sueño de un orden y encontró en las tierras del Nuevo Continente, el único sitio propicio para encarnar» (1984: 1).

¹⁴ Se podría argüir que cuando Cortés redactaba su *Segunda carta de relación*, su escritura era radicalmente periférica respecto de las colonias caribeñas. Sin embargo, es evidente que suele existir desde el inicio un gesto canonizador debido a la presencia de un espacio urbano prehispánico y/o colonial.

¹⁵ Se debe mencionar el valor poético de la Amazonía, atrapada entre la sombra y los reflejos de luz, frecuentemente descrita como una gruta o catedral, entre otros aspectos (Meunier y Savarin 1991 [1969]: 20).

científicos, desde la llegada de los primeros viajeros hasta nuestros días (Gaspar de Carvajal, Pedro Teixeira, Charles-Marie de La Condamine, Antonio de Ulloa, Alexander von Humboldt, José Eustasio Rivera, Mário de Andrade, Betty Meggers, John Hemming, Mario Vargas Llosa, Anna Roosevelt y Ana Pizarro, solo por nombrar a algunos).¹⁶

Es primordial destacar, como resultado, el carácter multicultural de esas inmensas zonas marginales, el cual se ve claramente reflejado en el corpus diverso de obras primarias que analizo aquí.¹⁷ En efecto, a pesar de mi marcada concentración en las letras hispánicas, incluyo también textos escritos por autores franceses y portugueses para demostrar que el contacto con los territorios periféricos generó una variante particular del discurso europeo, un hecho que pone en cuestión la idea misma de territorialidad.¹⁸ Cabe añadir que la periferia colonial abarca más áreas heterogéneas que las que elegí, como las islas del Caribe a las que llegó Cristóbal Colón en sus cuatro viajes.¹⁹ Por razones prácticas, me será imposible estudiar a fondo la producción cultural de la periferia en su totalidad, aunque me referiré a una variedad adecuadamente amplia de espacios marginados.

Si se tiene en cuenta la naturaleza híbrida de las Américas, queda claro que la compartimentalización académica del mundo colonial a la que aludí más arriba tiene sus desventajas. John H. Elliott sostiene lo siguiente:

¹⁶ Para más información, ver la introducción a mi cap. 1. No olvidemos que esta región constituyó probablemente una fuente de fascinación para los autóctonos mismos.

¹⁷ Obviamente, no considero que se trate de una situación idílica sino de una «armonía imposible», término que emplea Antonio Cornejo Polar para caracterizar el contexto andino del Inca Garcilaso de la Vega (ver Cornejo Polar 1993). Asimismo, conviene examinar la pertinencia y capacidad productiva de conceptos como «heterogeneidad cultural» (Cornejo Polar), «culturas alternativas» (Lienhard), «hibridación» (García Canclini) o «pensamiento fronterizo» (Mignolo) para el análisis de textos sobre el contacto cultural en la época colonial y poscolonial. Para una mejor comprensión de los usos y abusos de la noción de hibridez, ver Mazzotti y Zevallos Aguilar (1996) o Bueno (2004) sobre el pensamiento del célebre teórico peruano, y De Grandis y Bernd (2000) sobre la importancia de cuestionar este concepto.

¹⁸ «Since the first decades of the sixteenth century, the modern world [...] had been dominated by a struggle between the three major European powers —Spain, France and Britain— for control of the non-European world. And the main theatre for that struggle had been America» (Pagden 1995: 2). No obstante, existen diferencias entre los acercamientos propios de estos imperios; por ejemplo, solo los españoles actuaron como conquistadores, dando lugar a los criollos, quienes se autodefinieron en relación con la aristocracia de la conquista del Nuevo Mundo.

¹⁹ Ver Benítez Rojo (1989) para más detalles sobre la riqueza de la herencia cultural caribeña como resultado de sus diversas experiencias coloniales.

Intensity of research, whether on the Caribbean colonies, colonial Mexico, or British North America, has inevitably led to a narrowing of focus. Regions have been broken up into subregions and colonial empires have been fragmented into a congeries of individual historical units, leaving a great divide even between specialists working on the same empire [...]. [I]n spite of the marked differences between the two colonizing powers, the settler communities which they established had a number of characteristics and problems in common (1987: 3).

Para evitar este tipo de divisiones artificiales, el análisis comparativo de las obras de mi corpus puede ser realmente fructífero en términos de aportar a los estudios coloniales una perspectiva alternativa sobre el proceso de conquista en su dimensión discursiva y experiencial, así como un panorama más complejo de la «invención» europea de América.²⁰ En este sentido, mi trabajo ofrece «otro» discurso y una imagen americana más completa, además de mostrar de manera concreta que el colonialismo (y, por ende, el discurso colonial) no es homogéneo ni operó de la misma forma en todas las regiones del mundo, ni tampoco dentro de un mismo continente, incluso cuando se comparten el objetivo político y elementos de su formulación retórica.²¹ En la época contemporánea, después de los planteamientos sobre el imperialismo que han tendido a presentar tal fenómeno como más o menos uniforme (los de Jean-Paul Sartre, por ejemplo), se ha tratado de matizar estas afirmaciones, pero no de modo suficiente.²² Quisiera insistir en que, desde los márgenes, los escritos «menores» tienen la capacidad y el poder de cuestionar y/o modificar las distintas manifestaciones locales del discurso colonial canónico.

Conviene añadir que otro aspecto notable de la formación de la periferia colonial, y por lo tanto de su representación en un corpus considerado como secundario, es la falta de autores parecidos al Inca Garcilaso de la Vega o Felipe Guamán Poma de Ayala para expresar su propia visión de la conquista

²⁰ *La invención de América: investigación acerca de la estructura histórica del Nuevo Mundo y del sentido de su devenir* (1958) de Edmundo O’Gorman es un estudio fundamental sobre la construcción ideológica del continente americano.

²¹ Respecto a las estrategias de dominación europea en el caso latinoamericano, ver Galeano (2004 [1971]), cuyo clásico libro continúa siendo influyente hoy en día. Sobre la ideología del colonialismo a nivel mundial, ver Blaut (1993) y Thomas (1994), entre otros.

²² «Those who today emphasize its geographical and historical differences may in effect be only repeating uncritically colonialism’s own partitioning strategies. Yet at this point in the postcolonial era, as we seek to understand the operation and effects of colonial history, the homogenization of colonialism does also need to be set against its historical and geographical particularities. The question for any theory of colonial discourse is whether it can maintain, and do justice to, both levels» (Young 1995: 165).

española y la cultura invadida, aunque este hecho no le reste trascendencia. Hasta el siglo XVIII los habitantes de los territorios periféricos produjeron pocos registros escritos u otro tipo de semiosis colonial, término acuñado por Walter Mignolo,²³ permitiendo que la etnohistoria, la arqueología y la transcripción contemporánea de mitos populares constituyeran unas de las fuentes de conocimiento más estimables.²⁴ Desde entonces se han publicado numerosas recopilaciones de cuentos o leyendas indígenas de la Amazonía y demás espacios marginados,²⁵ pero a pesar del valor etnográfico y literario de estos documentos, sigue siendo difícil, e incluso insensato, averiguar si algunos relatos orales se remontan, sin cambios, al período de los primeros contactos con los europeos. Lo que sí es posible es examinar ciertos casos de resistencia amerindia que han ingresado en las letras coloniales.²⁶ Si bien dichos casos aparecen mediatizados por el discurso europeo oficial y suelen servir de contraejemplos o «escarmientos», es digno de interés referirse a ellos.

Finalmente, vale recordar que la importancia de los textos marginales se debe también a que han contribuido a definir las identidades regionales del continente latinoamericano y, como mencioné, han permanecido en el imaginario de las naciones modernas. En efecto, es innegable que están relacionados con asuntos de gran actualidad, tales como la destrucción de la Amazonía y la segregación de los autóctonos en las zonas periféricas.

²³ Mignolo define este concepto en los siguientes términos: «However, when pushed to the limit, the notion of colonial discourse, desirable and welcome as it is, is not the most comprehensive one we can concoct to apprehend the diversity of semiotic interactions in colonial situations and, thus, to shed more light on the darker side of the Renaissance. The notion of discourse, although it embodies both oral and written interactions, may not account for semiotic interactions between different writing systems, such as the Latin alphabet introduced by the Spaniards, the picto-ideographic writing system of Mesoamerican cultures, and the quipus in colonial Peru» (2003 [1995]: 7-8).

²⁴ Ver, entre otros, Meunier y Savarin (1991 [1969]), así como Sá (2004).

²⁵ Ver Nimuendajú (1914), Koch-Grünberg (1917-1923), Armellada (1964), Stradelli (1964 [1890]), Cadogan (1970 [1965] y 1992 [1959]), Reichel-Dolmatoff (1971), Roe (1982), Brandão de Amorim (1987 [1928]), etc.

²⁶ Para un panorama general de la historia de la resistencia indígena en América Latina, ver, por ejemplo, Oliva de Coll (1974) y Kicza (1993).

2. Un salto hacia adelante: la configuración de la periferia latinoamericana en la cultura contemporánea

Tras la descripción anterior de la periferia colonial, me propongo abordar la recurrencia de ciertos modelos provenientes de los siglos XVI y XVII en la época contemporánea, más allá de las obvias diferencias. En otras palabras, me interesa indagar cómo varias de mis observaciones acerca de los escritos coloniales vuelven a ser vigentes para el estudio de la narrativa latinoamericana (en particular la cronística) de los siglos XX y XXI.

Es consabido que la Amazonía, el Gran Chaco y el Maranhão siguen siendo áreas hasta cierto punto marginadas y alejadas de los centros de poder urbanos.²⁷ Sin embargo, a pesar de haber sido denigrados en mayor o menor grado y grandemente diezmados, los pueblos de estas regiones periféricas desempeñan un papel primordial en la (re)construcción discursiva y práctica de los países modernos. De hecho, la periferia ayuda a explorar la identidad nacional, como demuestra Caparrós en *El interior* al preguntarse en qué consiste ser argentino a lo largo de su viaje al norte del país. No sorprende, empero, que este tipo de reconocimiento no sea homogéneo: si bien los indígenas forman una parte integral del inconsciente político del Brasil, según explican Alcida Rita Ramos (1998) y David Treece (2000), en la Argentina la otredad étnica ha sido «olvidada», al decir de Susana Rotker (1999), en un proceso de blanqueamiento ideológico.²⁸ En cuanto a la casi omnipresencia de la naturaleza en esos espacios, los ecosistemas gigantescos como la cuenca amazónica y la cuenca del Plata, merced a su riqueza ecológica y diversidad biológica, llaman cada vez más la atención mundial por concebirse como fundamentales para desarrollar estrategias alternativas de sostenibilidad medioambiental.²⁹

En el campo de la literatura contemporánea, las periferias nacionales han logrado cierto protagonismo e inspirado una gran cantidad de obras notables: *Os sertões: campanha de Canudos* (1902) y otros libros de Euclides da Cu-

²⁷ Por ejemplo, pese a avances considerables como la fundación de la Coordinadora de Organizaciones Indígenas de la Cuenca Amazónica (COICA) en 1984, un informe de la organización Survival acaba de declarar que alrededor de quince grupos aislados de la Amazonía peruana corren peligro de extinción por la pérdida de sus tierras y la explotación petrolífera (ver «Los indígenas aislados» [2012a]). Entre ellos, los awás, por los cuales Colin Firth lanzó una campaña en abril de 2012, son una tribu en vías de extinción (ver «La tribu más amenazada de la Tierra» [2012b]).

²⁸ Para más información, ver la conclusión del cap. 2 del presente libro. Sobre la complejidad del concepto de etnicidad, ver Fenton (2003). En cuanto a la noción de inconsciente político, ver Jameson (1981).

²⁹ Ver el sitio web *Cuenca del Plata-Gran Chaco*.

nha, *La vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera, *O turista aprendiz* (1927) de Mário de Andrade, *Los pasos perdidos* (1953) de Alejo Carpentier, *La casa verde* (1965) y *El hablador* (1987) de Mario Vargas Llosa, *Maira* (1976) de Darcy Ribeiro, *El entenado* (1983) de Juan José Saer, *Un viejo que leía novelas de amor* (1989) de Luis Sepúlveda, *La tierra del fuego* (1998) de Sylvia Iparraguirre, *Rouge Brésil* (2001) de Jean-Christophe Rufin,³⁰ *Los conjurados del Quilombo del Gran Chaco* (2001) de Augusto Roa Bastos, *Ursúa* (2005) y *El país de la canela* (2008) de William Ospina, entre muchas otras.³¹ Asimismo, en el cine argentino y brasileño se manifiesta hoy en día un resurgimiento del interés por ese remoto «interior», variado y multifacético, en las siguientes películas: *La ciénaga* (2001) y *La mujer sin cabeza* (2008) de Lucrecia Martel, *Historias mínimas* (2002) de Carlos Sorín, *Nordeste* (2005) de Juan Solanas, *Casa de areia* (2005) de Andrucha Waddington, *Nosilatiq. La belleza* (2011) de Daniela Seggiaro y *As hiper mulheres* (2011), un documental en kuikuro y portugués dirigido por Carlos Fausto, Leonardo Sette y Takumã Kuikuro. Incluso varios directores extranjeros demuestran su fascinación por los lugares marginados; por ejemplo, además de *The River*, contamos con las destacadas películas de Werner Herzog sobre la Amazonía: *Aguirre, der Zorn Gottes* (1972) y *Fitzcarraldo* (1982).³² A mi modo de ver, se trata de una lenta tendencia hacia la reivindicación de un área menor que todavía se desprecia y subestima, denegándole estatus artístico y cultural.³³ Con esta producción literaria y cinematográfica en mente, me planteo redefinir la clasificación binaria entre interior y centro, y estudiar la relación tensa y ambigua de América Latina con sus periferias, desde el siglo xvi hasta el presente. No hay duda de que el tropo de la marginación, con el desprecio o la atracción que conlleva, es todavía sumamente actual y verdaderamente urgente.

³⁰ Existe una adaptación televisiva de *Rouge Brésil*, llevada a cabo por Sylvain Archambault (2012).

³¹ Entre los textos menos conocidos, se encuentran *El abuelo: novela histórica costumbrista chaqueña* (2002) de Elio Montes Sánchez, *El Dorado en el Amazonas* (2009) de Fernando Bermúdez Ardila y *Agua clara en el Alto Amazonas* (2010) de Marco Tulio Aguilera.

³² Por supuesto, el interior no está exento de representaciones erróneas, como en *The Road to El Dorado* (2000), película dirigida por Eric «Bibo» Bergeron y Will Finn en la que se reúnen elementos de las culturas olmeca, maya, azteca y chibcha, además de asociar a Cortés con la búsqueda de El Dorado.

³³ Rita De Grandis aclara, en una entrevista con Xavier Lasso para el programa *Palabra suelta*, que debido a la condición posmoderna el eje cultural cambió al romper con el mito de la megaciudad y el ensayismo de Ezequiel Martínez Estrada.

Desde luego, es importante precisar que, para entender la periferia latinoamericana de los siglos xx y xxi, conviene tener en cuenta la discusión sobre los términos *región*, *literatura regional/regionalista* y *escritores del NOA-NEA*, los cuales han sido ampliamente superados por la crítica desde los años 1940 hasta nuestros días. Me referiré a estos conceptos en el apartado siguiente, apoyándome en las observaciones del especialista argentino Pablo Heredia.

Finalmente, se debe deducir de los comentarios expuestos hasta ahora que, desde la sociedad colonial hasta la contemporánea, existe un estrecho vínculo entre lo marginado y lo canónico a nivel cultural, a pesar de la clara disparidad que los separa. A lo largo de este libro veremos que casi no se puede aislar el corpus «periférico» del corpus más prestigioso, ya que el uno remite constantemente al otro, lo que crea una red de conexiones intertextuales muy complejas. Así, ambos tipos de espacio —las zonas marginadas y los centros (culturales, económicos o políticos)— son categorías flexibles que se definen por una marcada fluidez, en tanto significantes vacíos que se van reconfigurando territorialmente junto con otras variables con las que interconectan o entran en conflicto, resignificándose en distintas situaciones.³⁴ Por consiguiente, intentaré demostrar cuán operativas y lábiles son estas nociones para la lógica imperial, indicando cómo y por qué en un determinado momento se desestima una región, y proponiendo que la periferia es tal vez uno de los términos del discurso (pos/neo)colonial que ineludiblemente dependen de un «Otro periférico» para reafirmar su poder.

3. Reflexiones teórico-críticas

Desgraciadamente, los cronistas y la Corona no son los únicos en haber privilegiado los textos sobre los centros de los principales virreinos. En nuestros días la falta de interés por el corpus colonial de la periferia se ha reflejado en el área de la crítica literaria. Si bien han aparecido hace poco algunos trabajos sobre el impacto de la producción cultural de la Amazonía en la literatura hispanoamericana contemporánea, siendo *Rain Forest Literatures: Amazonian Texts and Latin American Culture* (2004) de Lúcia Sá un estudio innovador, las investigaciones sobre esta problemática en el período

³⁴ Por ejemplo, es interesante recordar que en el siglo xx, y más precisamente durante el *boom* del caucho, la selva amazónica fue un territorio de gran explotación de materia prima que se resistió a la territorialidad nacional, aunque nunca llegó a ser un centro propiamente dicho.

(pos)colonial son muy escasas. En cambio, se nota una atracción creciente (y merecida) por la cultura urbana colonial en los escritos de Susan Migden Socolow y Louisa Schell Hoberman (1986), Richard L. Kagan y Fernando Marías (2000), Boris Muñoz y Silvia Spitta (2003), Porfirio Sanz Camañes (2004), Stephanie Merrim (2010) y Gisela Heffes (2013), entre otros. En este apartado haré una reseña necesaria de los libros teóricos y críticos que, junto a los ya mencionados, me ayudaron explícita o implícitamente a indagar en un campo poco explorado.

Respecto a la noción de periferia, me parece apropiado reorganizar el espacio escritural desde una perspectiva que sigue algunas líneas establecidas por los autores de *Negotiated Empires: Centers and Peripheries in the Americas, 1500-1820* (2002), antología editada por Christine Daniels y Michael V. Kennedy.³⁵ Muchos de los ensayos recogidos en este volumen revisan y hacen aportaciones críticas a las propuestas sobre la relación entre centro y periferia expuestas en los años 1960 y 1970 (por Günther Frank, Immanuel Wallerstein, etc.) como aparato interpretativo de los intercambios desiguales que producían subdesarrollo y dependencia tanto en América Latina como en otras partes del mundo. Este enfoque rearticula de una manera más detallada tales nociones y las devuelve a los terrenos cultural, económico y social. Por ejemplo, el trabajo de Turner Bushnell distingue entre periferia interna y externa, así como entre periferia y frontera, grupo de conceptos que me permitirá caracterizar los vínculos entre los sitios descritos en mi corpus y las actitudes que asumen los narradores inscritos en ellos. Me gustaría sugerir que, además de lo que compete a la base cultural, los planteamientos textuales están determinados por cuestiones de inserción espacial que deben ser examinadas desde esta doble perspectiva. Considérese, como caso ilustrativo, la visión demonizante del río Amazonas que expresan Francisco Vázquez y Lope de Aguirre, y contrástese con la que manifiesta Cristóbal de Acuña.

Antes de seguir adelante, es imperativo insistir en que el presente libro se ocupa sobre todo de los mecanismos retóricos empleados para referirse a la periferia y sus habitantes.³⁶ *Discursos narrativos de la conquista* de Pastor es una obra crítica excepcionalmente informativa a este respecto. Su principal aporte consiste en formular dos tipos de discursos organizadores, el discurso mitificador y el discurso del fracaso, cuyas máximas representaciones son, respectivamente, la *Segunda carta de relación* (1520) del aludido Cortés y

³⁵ Para una serie de reflexiones sobre el rol actual del interior de América Latina, ver el estudio interdisciplinario editado por Potthast-Jutkeit, Kohut y Kohlhepp (1999). Sobre las prácticas de exclusión social y geográfica en Occidente, ver Sibley (1995).

³⁶ Sobre la historia de la retórica, ver Meyer (1999).

los *Naufragios* (1542) de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca.³⁷ Esta distinción resulta útil para desarrollar la discusión sobre los componentes del canon y de los escritos marginales. Sin embargo, como es natural, complementaré el clásico ensayo de Pastor con publicaciones posteriores y las problemáticas emergentes en la crítica literaria.

También de gran relevancia para el análisis del lenguaje utilizado en los textos coloniales, *Ceremonies of Possession in Europe's Conquest of the New World, 1492-1640* (1995) de Patricia Seed compara los discursos de posesión inglés, francés, español y portugués con un énfasis particular en los ritos de apropiación y despojo siempre implícitos en el acercamiento europeo al Nuevo Mundo. Es evidente que este conjunto de monografías cubre gran parte de mi campo de interés al confrontar documentos de distintos orígenes.³⁸

En cuanto a la noción de marginalidad, cabe aclarar que mi propio trabajo se ha inspirado de manera implícita en los numerosos estudios teóricos sobre las culturas segregadas.³⁹ Entre ellos, se encuentran las reflexiones que surgieron en el seno del Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos, algunas de las cuales están recogidas en *The Latin American Subaltern Studies Reader* (2001) de Ileana Rodríguez, como es el caso de las de John Beverley, Walter Dignolo, Alberto Moreiras, José Rabasa, Doris Sommer, Marc Zimmerman y la misma Rodríguez, entre otros. Un aspecto significativo de los estudios subalternos es su concepción del subordinado (ya sea indígena o no, mujer u hombre) como agente cambiante y sujeto activo, lejos de ser un objeto pasivo que tiende a ser victimizado. En efecto, en la introducción a su «Founding Statement» (1993), o «Manifiesto inaugural», dicho grupo proclama:

The subaltern, in other words, is not only *acted* on, despite the tendency in traditional paradigms to see it as a passive or «absent» subject that can be mobilized only from above; it also *acts* to produce social effects that are visible, if not always predictable or understandable, by these paradigms or the state policies and research projects they authorize. It is the recognition of this role of the subaltern, how it curves, alters, modifies our life strategies of learning, understanding, and

³⁷ Es importante diferenciar entre una marginalidad espacial o política y otra definida por la etnicidad de los agentes. Cabeza de Vaca puede considerarse marginal o periférico por haber establecido un discurso del fracaso en sus *Naufragios* y ocuparse de un espacio no urbano, pero no en relación a su posición en la administración colonial.

³⁸ Respecto al colonialismo comparado, ver Bennassar (1980), Bitterli (1986), Elliott (1987), Pagden (1995 y 2001) y Hart (2003 y 2005), entre otros.

³⁹ En cuanto a las obras críticas relativas a esta cuestión, ver, por ejemplo, Lienhard (1991) sobre los largos procesos de marginación en la cultura latinoamericana.

research, that underlies the doubts besetting these traditional disciplinary and historiographic paradigms [...] (111-112).⁴⁰

A pesar de estas ventajas de los estudios subalternos y su papel esencial en la redefinición de los sujetos marginados, concuerdo con Yolanda Martínez-San Miguel cuando sostiene que el *boom* de este movimiento nos llevó a pasar por alto las sinuosidades o complejidades de las relaciones de poder entre subalternidad y hegemonía, de ahí la necesidad de una lectura que tiene en cuenta la ambigüedad inherente a los individuos coloniales: «To decolonize our critical interventions we should acknowledge the intrinsic contradictions and ambiguities of the colonial subjectivities we are analyzing here» (2008: 139).⁴¹

Por lo tanto, *From Lack to Excess: «Minor» Readings of Latin American Colonial Discourse* (2008) de Martínez-San Miguel es un excelente libro que se acerca a los estudios coloniales con un énfasis en la minoría (o estudios menores). Para leer los textos coloniales en clave «menor», la crítica puertorriqueña se basa en la teoría expuesta por Gilles Deleuze y Félix Guattari en *Kafka: pour une littérature mineure* (1975), la cual ofrece una definición ya clásica: «Une littérature mineure n'est pas celle d'une langue mineure, plutôt celle qu'une minorité fait dans une langue majeure» (29).⁴² Apoyándose en las características de lo que estos teóricos llaman «literatura menor» (es decir, la desterritorialización, la dimensión política y la enunciación colectiva, junto con su condición revolucionaria [2008: 18-19]), Martínez-San Miguel se propone detectar los momentos en que los relatos coloniales devienen menores frente a la literatura imperial, probando los límites del lenguaje para expresar la realidad americana (38).⁴³

⁴⁰ Florencia Mallon corrobora esta visión del subalterno: «[N]o subaltern identity can be pure and transparent; most subalterns are both dominated and dominating subjects, depending on the circumstances or location in which we encounter them [...]. To see both sides at the same time, to mark the heroism and the treachery, is most certainly a challenge» (1994: 1511). Por consiguiente, no se debe olvidar que el subalterno se encuentra a veces involucrado en cuestiones de complicidad con el orden colonial ni que, obviamente, no todos los indígenas están marginados.

⁴¹ Para una discusión exhaustiva de las contribuciones y lagunas de los estudios subalternos, ver Mallon (1994), Moraña (1997), Beverley (1999) y Rodríguez (2001b).

⁴² En *From Lack to Excess* se usa la traducción de este libro al inglés, *Kafka: Toward A Minor Literature* (1986).

⁴³ He aquí su definición de las minorías y, por ende, del discurso minoritario: «Minorities are currently conceived of as sectors of a population that have been traditionally excluded from institutional or official forms of representation and/or power and as such are protected by law. Thus, a minority is simultaneously a disenfranchised col-

En este sentido, la originalidad de este ensayo radica en el manejo del concepto de literatura menor para intentar superar las limitaciones de los estudios actuales (coloniales, poscoloniales, transatlánticos y de la modernidad temprana) y, de este modo, arrojar una nueva luz sobre el canon literario colonial. Si bien ya se ha recurrido a la teoría sobre la escritura menor para abordar las letras (pos)coloniales, como en los casos de la literatura francófona y anglófona,⁴⁴ esta combinación resulta novedosa en relación con el corpus de la literatura hispanoamericana colonial. Una contribución sustancial de dicho trabajo consiste precisamente en concebir la escritura menor en su acepción más amplia. Mientras que la tendencia predominante en esta área de estudio, tal como se ve claramente ilustrada en el brillante libro *Proceed with Caution, When Engaged by Minority Writing in the Americas* (1999) de Doris Sommer, es privilegiar la producción literaria de los sujetos (pos)coloniales marginados (indígenas, africanos, mestizos, criollos y mujeres), Martínez-San Miguel opta por incluir también textos pertenecientes al canon literario colonial dentro de la categoría del «discurso minoritario» (2008: 38-39). Así, aunque la selección de obras primarias diste de ser original, lo es decididamente el punto de vista de la autora.

No cabe duda de que valoro el planteamiento principal de Martínez-San Miguel, según el cual los textos canónicos pueden ser menores respecto al centro de poder imperial. No obstante, me propongo enfatizar la importancia de complementar este enfoque con el análisis de un corpus menor (es decir, menos conocido o más marginado) con el fin de resaltar su carácter singular y su aporte considerable a los estudios coloniales y poscoloniales.

Al igual que esta crítica puertorriqueña (y muchos otros especialistas), prestaré atención a las ambigüedades del discurso colonial. Aunque los primeros capítulos de la presente obra se concentran en la versión de los colonizadores, trataré de revelar las tensiones entre estos y los *damnés de la terre* (los «condenados de la tierra»), en términos de Fanon, así como la agencia indígena que se encuentra en las fisuras textuales, sin negar por ello la intensidad de la violencia empleada en los actos de conquista. En otras palabras, aunque reconozca que el poder colonial significa control,⁴⁵ prefiero hacer

lectivity and a politically visible entity [...]. Minority discourse presupposes a system of incorporation within the hegemonic discourse and official politics that parallels literary recreation of marginal voices as a legitimate way of forging official and public spaces of representation» (29).

⁴⁴ Ver Bensmaïa (1993) y Harrison (2003), así como Hogan (2000) y Flannery (2009), respectivamente.

⁴⁵ Ver Mignolo (2005: 32).

hincapié en instancias donde dicho control se critica o se quiebra. Asimismo, es imprescindible cuestionar los estereotipos y las ideas preconcebidas sobre las regiones periféricas, rechazando una visión estática de lo marginado. En efecto, «The Myth of Authenticity: Representation, Discourse and Social Practice» (1994) de Gareth Griffiths y la definición del concepto de marginalidad en *Post-Colonial Studies: The Key Concepts* (1995), una antología editada por Bill Ashcroft, Helen Tiffin y el mismo Griffiths, nos recuerdan que no es apropiado idealizar a las poblaciones indígenas, encasillándolas en la categoría de «auténticas». Desde una perspectiva más amplia todavía, además de los estudios coloniales propiamente dichos (incluyendo los trabajos canónicos de Rolena Adorno, Walter Dignolo, Peter Hulme y Catherine Poupeney Hart, entre otros), la crítica poscolonial del célebre teórico Homi K. Bhabha y las propuestas de revisión de dicha crítica (José Antonio Mazzotti, Kyung-Won Lee) han resultado muy productivas.⁴⁶ Por ejemplo, la noción de ambivalencia colonial desarrollada por Bhabha sirve para considerar las culturas representadas en las obras en estudio como cambiantes, dinámicas y no siempre marginadas.⁴⁷ Sin embargo, conviene notar que cada vez que utilizo un concepto clave de este teórico, tal como la misma ambivalencia o la mímica, lo matizo en función de la especificidad del contexto latinoamericano colonial.⁴⁸

⁴⁶ A nivel general, consulté libros fundamentales sobre el poscolonialismo, tales como los de Williams y Chrisman (1994), Ashcroft, Griffiths y Tiffin (1994 y 1995), y Young (2003). Thomas (1994) también discute las teorías de Edward Said, Homi K. Bhabha y Gayatri Chakravorty Spivak, quienes constituyen la «Santa Trinidad» del poscolonialismo, según Young (1995: 163). Ver, además, el famoso y mal entendido ensayo de Spivak (1988).

⁴⁷ Respecto a la ambivalencia colonial, ver Bhabha (2004 [1994]: cap. 4).

⁴⁸ Entre los aspectos que se suelen pasar por alto, Mazzotti menciona el hecho de que «durante los siglos XVI y XVII las relaciones de poder y dominación están orientadas ante todo por una voluntad oficial de llevar verdades religiosas consideradas inapelables al centro mismo de la subjetividad de los dominados, en este caso las poblaciones indígenas. Esto, naturalmente, no elimina ni necesariamente supera las consecuencias prácticas de la política imperial ni los deseos individuales de peninsulares advenedizos por un enriquecimiento súbito. Sin embargo, el análisis del discurso “colonial” hispanoamericano debe inevitablemente pasar por el tamiz de esta concepción trascendentalista de las operaciones dominantes —con su preocupación neotomista por el “bien común” y la “gloria externa de Dios”— si desea mantenerse en contexto» (2000: 20). Asimismo, los editores de *Coloniality at Large: Latin America and the Postcolonial Debate* (2008), Mabel Moraña, Enrique Dussel y Carlos A. Jáuregui, insisten en las consecuencias de las diferencias temporales entre el colonialismo en Hispanoamérica y la India: «The differential quality of Latin American colonial history suggests that the phenomenon of imperial expansion

Tampoco puede pasar desapercibido que este libro se une a la corriente de publicaciones, como las de Álvaro Félix Bolaños y Gustavo Verdesio (2002), Rolena Adorno (2007) o Carlos A. Jáuregui (2008 [2005]), que analizan las conexiones entre la literatura colonial y la contemporánea.⁴⁹ Dentro de este marco, una noción fundamental, sobre todo para el último capítulo, es claramente la de legado colonial. A pesar de su aparente sencillez, constituye un concepto bastante polémico que ha suscitado un debate notable en torno a la metodología que se suele emplear para manejarlo. Por ejemplo, el punto de vista de Ricardo J. Kaliman al respecto, tal como lo expone en «What is “Interesting” in Latin American Cultural Studies» (1998), es particularmente radical: «[T]hough it is used in the desire to reveal and condemn, [el concepto de legado colonial] is in fact limited to emphasising the analogy that can be established between cultural elements in the past and in the present, and generally ignoring the specific form that these elements assume in practical contemporary consciousness» (263). No obstante, se puede observar cierto cambio desde la puesta en circulación del artículo de Kaliman, gracias a libros como *Colonialism Past and Present: Reading and Writing about Colonial Latin America Today* (2002), editado por Bolaños y Verdesio. En el primer ensayo de este volumen colectivo, «Colonialism Now and Then: Colonial Latin American Studies in the Light of the Predicament of Latin Americanism», Verdesio responde a la crítica de Kaliman para justificar el enfoque elegido: «The strategy of studying colonial legacies is not, in my opinion, another way of justifying mere analogies, but a tool for understanding the genesis of current situations of social injustice» (2002a: 2); por lo tanto, este concepto «entails a notion of change and historical process, contrary to Kaliman’s belief that it ignores the workings of the mechanisms of social reproduction (1988, 263)» (2). Conuerdo en que, al discutir los legados coloniales, es posible tener en cuenta la especificidad de la condición neocolonial de hoy, sin establecer analogías de manera automática. A mi modo de ver, tampoco se trata de criticar ferozmente a los autores que emplean, tal vez sin pensarlo, estrategias retóricas propias de las crónicas coloniales, sino de

has, in the Western world, a genealogy that is much longer and more complex than the one generally considered by postcolonial studies. Spanish and Portuguese colonialism triggered, during the sixteenth and seventeenth centuries, a long series of political, economic, and cultural processes which —with the support of an intricate and diversified web of projects and discourses— instituted *modernity*» (8).

⁴⁹ En *Colonial Legacies: The Problem of Persistence in Latin American History* (1999) Jeremy Adelman ya se interesa por las huellas culturales del pasado colonial en el campo de la historia latinoamericana.

entender mejor la trayectoria de dichas estrategias y su relevancia en la actualidad. Así, en este libro me propongo considerar la complejidad del proceso por el cual persisten las huellas del sistema colonial en la narrativa crónica contemporánea de América Latina, respetando las sutilezas que implica la comparación entre el pasado colonial y su repercusión en el presente.

Para esclarecer los vínculos que existen entre la época colonial y su legado actual, *The Polemics of Possession in Spanish American Narrative* (2007) de Adorno es una obra crítica que resulta sumamente valiosa.⁵⁰ Esta especialista insiste en la importancia de leer los textos coloniales para interpretar la literatura moderna, aclarando las relaciones que los ligan: «I present my arguments in the conviction, based on many years of study, that Latin American literature today, or at least Latin American literature through the period of the literary Boom in the 1960s and 1970s, cannot be read without (or, rather, is best read with) its antecedents from the Spanish colonial era» (xiii). En otras palabras, la autora arguye que «the narrative web created by writers in sixteenth- and early seventeenth-century Spain and America constitutes the living core of the Spanish American literary tradition» (xiv). Más exactamente, declara que los mejores escritores latinoamericanos contemporáneos reciclaron los relatos de la conquista: «The sixteenth-century accounts of encounter, conflict, and destruction have kindled the imaginations of Latin America's novelists from the post-World War II years to the present. The best of Latin America's writers renewed these narratives and transformed them, making them our stories, too» (3). Estos comentarios contribuyen a fortalecer la estrecha conexión entre la cultura colonial y su reciclaje (muchas veces implícito) en las obras contemporáneas que suelen ser celebradas, un tanto paradójicamente, por sus rasgos (pos)modernos.

Además de estudiar el legado literario de las crónicas en términos de las figuras y los temas que se reformulan en la literatura de hoy —Adorno se refiere a que «these figures and the ideas they espoused *have* stepped out of the pages they authored and into the present» (16)—, deseo rastrear sus

⁵⁰ *American Pentimento: The Invention of Indians and the Pursuit of Riches* (2001) de Seed es otro libro que examina las relaciones entre el pasado colonial y la época contemporánea en América Latina desde un doble enfoque legal y cultural. Asimismo, *Le livre noir du colonialisme, XVI^e-XXI^e siècle: de l'extermination à la repentance* (2003), dirigido por Marc Ferro, traza la historia del colonialismo moderno hasta nuestros días. Cabe agregar que el clásico libro *The Colonial Heritage of Latin America: Essays on Economic Dependence in Perspective* (1970) de Stanley y Barbara Stein estudia el legado colonial a nivel económico.

manifestaciones más subterráneas, las resonancias que forman parte de la retórica e incluso de la estructura narrativa. Así, aunque dichos temas —como la soberanía, la lucha por la justicia, los derechos humanos, etc. (19)— y figuras —sobre todo Bartolomé de las Casas (18)— son fascinantes, prefiero enfocarme en las reconsideraciones más sutiles y ambiguas.

Estas reflexiones permiten abordar una noción crucial que atravesará mi trabajo en su totalidad y vinculará los textos del corpus entre sí: la colonialidad.⁵¹ Acuñada por Aníbal Quijano en los años 1990 y consagrada por él en el término «colonialidad del poder»,⁵² luego desarrollada por Mignolo (entre otros críticos), la colonialidad se distingue del colonialismo al no referirse a los períodos históricos en los que se estableció el sistema de colonización. En cambio, constituye una matriz de poder inseparable de la descolonización y la modernidad. Mignolo explica:

«Coloniality» is instead a logical matrix, an epistemic mechanism to classify people around the planet and to rank them in relation to the invisible matrix provided by the enunciator that naturalized hierarchies and justifies domination. «Modernity» and its invisible side «coloniality» tell the story of five hundred years: a triumphal and universally desired modernity that has to leave behind everything that is nonmodern. «Coloniality» emerges in the arguments that justified

⁵¹ Pese a que este término ha sido atacado por ser un anglicismo que se puso de moda con la llamada teoría poscolonial, resulta pertinente aquí, dado que se refiere a una larga trayectoria que llega hasta el presente. Sobre este concepto, ver los trabajos de los miembros del grupo de la «colonialidad del poder»: además de Quijano, Edgardo Lander, Enrique Dussel, Catherine Walsh, Javier Sanjinés, Fernando Coronil, Oscar Guardiola, Ramón Grosfoguel, Freya Schiwy, Nelson Maldonado-Torres y Santiago Castro-Gómez (Beverly 2002: 49-50). El ensayo de Castro-Gómez, «(Post)Coloniality for Dummies: Latin American Perspectives on Modernity, Coloniality, and the Geopolitics of Knowledge», es particularmente relevante: por ejemplo, se plantea que «during the 1990s, Quijano broadened his perspective, affirming that colonial power cannot be reduced to economic, political, and military domination of the world by Europe, but that it involves also and primarily the epistemic foundations that supported the hegemony of European models of production of knowledge in modernity [...]. For Quijano, the critique of colonial power must necessarily entail the critique of its epistemic nucleus (Eurocentrism), that is, a critique of the type of knowledge that contributed to the legitimization of European colonial domination and its pretenses of universal validation» (2008: 280).

⁵² «Esto quiere decir que la colonialidad del poder basada en la imposición de la idea de raza como instrumento de dominación, ha sido siempre un factor limitante de estos procesos de construcción del Estado-nación basados en el modelo eurocéntrico, sea en menor medida como en el caso norteamericano o de modo decisivo como en América Latina» (Quijano 2000: 238).

the «advance» of modernity in Western Europe and the United States [...] (2003 [1995]: 441).⁵³

El uso del concepto de colonialidad ayuda, por lo tanto, a reconocer el sistema de calificación que aparece en las crónicas sobre la periferia colonial y sigue poniéndose en práctica en las de los siglos xx y xxi, a pesar de que el colonialismo acabó oficialmente en los años 1810-1820. Es nuestro deber, en tanto críticos literarios y/o culturales, examinar las huellas de dicha colonialidad en los textos que integran nuestro objeto de estudio.⁵⁴

Otros conceptos propios de la época actual, los ya mencionados términos *región* y *regionalismo*, deben manejarse con cautela. Heredia los pone en cuestión en su libro *El texto literario y los discursos regionales: propuestas para una regionalización de la narrativa argentina contemporánea* (1994) por tratarse de nociones demasiado reduccionistas:

Con esta base crítica, reformular la historia de la literatura argentina (sus textos, sus autores y su crítica), por medio de una regionalización, implicaría revisar y reconsiderar aquella categoría construida desde un espacio de la legitimización literaria, como es la del *regionalismo*. De este modo, los textos literarios de la región metropolitana (que son más numerosos que los de cualquier otra región del país), precisarían de otras categorías críticas para circular y legitimizarse dentro de la literatura nacional (44).

El autor sigue desarrollando este tipo de razonamientos sensatos sobre la construcción discursiva del regionalismo y el indispensable cambio de enfoque en *El suelo: ensayos sobre regionalismos y nacionalismos en la literatura argentina* (2005) y otros trabajos. Así, en el artículo titulado «¿Existen las regiones culturales? Introducción, crítica y proyecciones de los estudios geoculturales» (2004), Heredia vuelve a insistir en la importancia de concebir la región como algo heterogéneo, variable, inclusivo y plural: «Es necesario, se sostiene, construir la región en tanto “geocultura”, desde diferentes

⁵³ En *The Idea of Latin America* (2005), más allá de sus definiciones (6-7), Mignolo vuelve a aclarar la diferencia entre el colonialismo y la colonialidad: «This explains the distinction between “colonialism” and “coloniality.” Colonialism has different historical and geographical locations. Coloniality is the underlying matrix of colonial power that was maintained, in the US and in South America and the Caribbean, after independence. The colonial matrix of power remained in place; it only changed hands» (69).

⁵⁴ El ya mencionado libro *Coloniality at Large* expone de manera clara y estimulante las aplicaciones del concepto de colonialidad en la cultura latinoamericana, del siglo xvi al siglo xxi. Ver también Maldonado-Torres (2007) y Mignolo (2010a).

disciplinas y a partir de allí delimitar sus alcances desde una perspectiva histórica, política y social (dinámica historicista, resultado de hechos, movilidad social) en relación con las identidades que fundan y generan dichas generaciones» (108). De acuerdo con los estudios geoculturales, entonces, las regiones son «lugares móviles» donde se negocian las identidades colectivas (108). El ensayo «Más allá del regionalismo: la transformación del paisaje» (2000) de Enrique Foffani y Adriana Mancini también discute de manera convincente la noción de literatura regional/regionalista. Por ejemplo, sus autores opinan que «el término *regionalismo* es anacrónico frente a la modernidad o es retrógrado de espaldas a ella» (261).

Por último, Heredia propone ir más allá de las dicotomías culturales, puesto que no son sino construcciones simplistas y artificiales que se deben superar.⁵⁵ En efecto, es imprescindible considerar que las etiquetas de lo «regional/regionalista» y lo «céntrico» no son estáticas y se pueden reevaluar sin atribuirles una connotación fija, sea positiva o negativa.⁵⁶ Es más, en vez de pensar en términos de regionalismos, el crítico argentino insinúa que toda literatura pertenece a una región, demostrando así que esta es una entidad relativa.

Habría que mencionar, además, los trabajos de índole histórica, antropológica o literaria que tratan aspectos parciales del universo configurado en cada uno de los textos del corpus elegido.⁵⁷ Por ejemplo, el historiador John

⁵⁵ «Muchos estudios científicos, ensayos críticos, declaraciones periodísticas, conferencias o charlas cotidianas sobre este tema, se manifiestan a través de aquel paradigma, orientándolo analíticamente por una ideología que se centra en el concepto de la *regionalidad*, interiorizada en una actitud de reivindicación localista de un territorio en referencia a otras regiones, ya sea asumiendo una “condición regional (o regionalista)” gratificante, o negándola como una fatalidad. Intentaremos desviarnos de esta dicotomía partiendo de otras categorías, o bien otorgándoles otros significados a las existentes, no para reivindicar o defender ideológicamente una *regionalidad*, sino para descubrir y mostrar algunos mecanismos y usos de los códigos que funcionan en los discursos que la definen» (1994: 24).

⁵⁶ Según Heredia, otro aspecto que sin duda incentivó estos juicios de valor estereotípicos es la dicotomía civilización/barbarie: «La oposición Interior/Capital Federal engloba otra oposición anterior, a través de una perspectiva ideológica que fundó un texto de la historia del país: Civilización/Barbarie» (1994: 38).

⁵⁷ Respecto a la relación entre el medio ambiente y los expedicionarios europeos, cabe mencionar la tendencia de los estudios poscoloniales que pide un mayor interés por la ecocrítica: «Surely, any field purporting to theorise the global conditions of colonialism and imperialism (let us call it postcolonial studies) cannot but consider the complex interplay of environmental categories such as water, land, energy, habitat, migration with political and or cultural categories such as state, society, conflict, literature, theatre, visual arts» (Mukherjee 2006: 144). Los autores de *Postcolonial Ecocriticism: Literature, Animals*,

Hemming es el autor de algunas monografías informativas sobre la frontera amazónica y la conquista de los indígenas del Brasil entre los siglos XVI y XVIII. En cuanto al antropólogo Claude Lévi-Strauss, le debemos los famosos estudios sobre las tribus del litoral brasileño y, en particular, el contacto de estas con los exploradores franceses.

Para complementar el análisis textual, me beneficié de mapas (inéditos o publicados, definidos o en forma de bosquejos, «diseños» y «apuntes») y diversos materiales iconográficos de la época, como las ilustraciones insertadas en los relatos coloniales.⁵⁸ Este suplemento no solo sirve para esclarecer la narración escrita,⁵⁹ sino que también constituye un componente integral de la creatividad literaria del Renacimiento, como señala Tom Conley en *The Self-Made Map: Cartographic Writing in Early Modern France* (1996).⁶⁰ En efecto, los distintos tipos de «escritura», que forman parte de la ya aludida noción de semiosis colonial acuñada por Mignolo, remiten al enorme poder

Environment (2010), Graham Huggan y Helen Tiffin, confirman que la alianza entre los estudios poscoloniales y la ecocrítica sirve para interpretar la ideología colonial (6), pero nos avisan del riesgo que pueden generar términos supuestamente «políticamente correctos» como el poscolonialismo y la ecología (2). Conviene precisar que los estudios ecocríticos relativos a América Latina tardaron en publicarse, según apunta Odile Cisneros (2011: 96). Conuerdo en que uno de los motivos posibles es la asociación tradicional entre naturaleza y barbarie en la cultura latinoamericana desde la época colonial (96). Para cubrir esta carencia, el libro *Reading and Writing the Latin American Landscape* (2009) de Beatriz Rivera-Barnes y Jerry Hoeg aparece como ejemplo ilustrativo del entrelazamiento del examen de textos coloniales con la ecocrítica en los estudios latinoamericanos (1), que incluye también las ciencias naturales y sociales. No obstante, es importante señalar que ninguno de los escritores que se estudian en el presente libro tiene una conciencia ecológica sumamente desarrollada, aunque cada uno de ellos se tiene que enfrentar inevitablemente al mundo natural. Sobre este tema, ver Crosby (1986), Grove (1995 y 1997) y Merchant (2003). Para saber más sobre los orígenes y definiciones de la ecocrítica, ver Glotfelty y Fromm (1996), así como Garrard (2004).

⁵⁸ Ver la Fig. 5, por ejemplo.

⁵⁹ De este modo se explica su carácter discutiblemente «prefotográfico» o etnológico, según Jean-Paul Duviols (1978: 27).

⁶⁰ «In that age [the Renaissance], as it seems in no other, writings are *spatially* conceived and materially determined; they explore surfaces and volumes in ways that were perhaps unknown prior to the development of print culture and the discovery of the New World. To see whether and how cartography is a virtual or even a real component of the literary imagination of the early modern age, I have started from the position that textual creations are coordinated as might be both maps and works of art. The question I have asked throughout the study is whether their words and figures are measured, “compassed,” or gridded according to procedures that develop on cartographers’ tables or in engravers’ workshops» (xi). Acerca de las artes visuales en general, ver también Honour (1975).

de las imágenes y su estrecho vínculo con el imaginario del consumidor, según explica Serge Gruzinski en *La guerre des images: de Christophe Colomb à «Blade Runner» (1492-2019)* (1989). Así, para dar cuenta de la riqueza de los discursos que atraviesan las obras seleccionadas ha sido preciso recurrir a una metodología multidisciplinaria,⁶¹ cubriendo intereses académicos diversos desde las perspectivas de los estudios literarios, el colonialismo comparado, las artes visuales y la teoría poscolonial.

Finalmente, este trabajo fue indudablemente enriquecido por las consultas realizadas en la Biblioteca Houghton de la Universidad de Harvard (Cambridge, EE. UU.); el Archivo General de la Nación (Lima, Perú); el Archivo Departamental del Cuzco y la Biblioteca del Centro Bartolomé de Las Casas (Cuzco, Perú); la Biblioteca John Carter Brown de la Universidad de Brown (Providence, EE. UU.); el Instituto de Estudos Brasileiros de la Universidad de São Paulo (São Paulo, Brasil); el Arquivo Público do Estado do Maranhão (São Luís, Brasil); la Biblioteca Nacional de la República Argentina, el Archivo General de la Nación Argentina, las bibliotecas de la Universidad de Buenos Aires (Buenos Aires, Argentina); y, sobre todo, el Archivo General de Indias (Sevilla, España).⁶² Además de echar mano de documentos inéditos o poco conocidos que se encuentran en estos archivos, examino textos contemporáneos que no han sido extensamente estudiados todavía y cuyos análisis no abundan fuera de algunos blogs efímeros.

4. Organización del libro

En el primer capítulo demuestro que con la *Relación* del «descubrimiento» del río Amazonas (1542) de Gaspar de Carvajal sobre el viaje de Francisco de Orellana se inicia un (sub)género en el que se asientan las bases de la escritura de la periferia. Ciertos elementos, tales como la indeterminación y el carácter laberíntico, persisten en la *Relación de la jornada de Pedro de Ursúa a Omagua y al Dorado*⁶³ (1561) de Francisco Vázquez y el *Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas* (1641) de Cristóbal de Acuña, los cuales ofrecen puntos de comparación significativos. La ambigüedad que atañe a

⁶¹ Como nos recuerda Adelman, «[c]olonialism was as multipolar as it was multifaceted» (1999: ix).

⁶² Suelo usar las ediciones modernas de los textos primarios, pero, como es habitual, conservo la ortografía original de los manuscritos que encontré en archivos.

⁶³ Esta crónica también aparece publicada bajo el título *El Dorado: crónica de la expedición de Pedro de Ursúa y Lope de Aguirre*.

la naturaleza se mantiene en la representación de las costumbres indígenas, dando lugar a una mezcla de curiosidad y aversión hacia los autóctonos.

En el segundo capítulo me enfoco en la imagen de «lo otro» (humano y geográfico) en los *Comentarios* (1555) de Pero Hernández, el relato de la expedición de Álvar Núñez Cabeza de Vaca al Río de la Plata.⁶⁴ Quisiera sugerir que aquí se observa una preocupación similar por la ausencia de objetos míticos, víveres, centros urbanos y sujetos civilizados. Este es, entonces, un universo despojado de los elementos de valor que aprecia la cultura europea. Al mismo tiempo, es un universo hostil donde acechan las amenazas de traición y muerte, y donde reaparece la figura del caníbal instituida por los anteriores cronistas europeos. También intento explicar por qué la crítica literaria ha prestado menos atención a este libro que a los *Naufragios* (1542). Luego exploro las huellas de la aventura rioplatense del jerezano en el poema épico *Argentina y conquista del Río de la Plata* (1602) de Martín del Barco Centenera y en la *Historia argentina del descubrimiento, población y conquista de las provincias del Río de la Plata*⁶⁵ (1612) de Ruy Díaz de Guzmán, obras en las que se reescribe este momento fundacional.

En el tercer capítulo me detengo en las narraciones francesas del Maragnan (denominado Maranhão en portugués), es decir, la Francia Equinoccial: la *Histoire de la mission des pères capucins en l'isle de Maragnan* (1614) de Claude d'Abbeville y la *Suite de l'histoire des choses plus mémorables advenues en Maragnan* (1615) de Yves d'Évreux.⁶⁶ Me propongo averiguar cómo los padres Claude e Yves se enfrentan a este mundo «no civilizado» y a sus habitantes, los tupinambás. Mientras la crítica suele centrarse en la relación idílica que ambos grupos mantuvieron, pretendo mostrar que la utopía edénica que se presenta aquí rebosa de fisuras y grietas. Según mi lectura, resurgen preocupaciones, dudas y ambigüedades patentes respecto al proyecto

⁶⁴ Aunque este viaje de Cabeza de Vaca se realiza en un territorio que desborda el Gran Chaco (sobre todo entre Santa Catarina y Asunción), por razones prácticas me referiré a esta unidad geográfica, así como al Río de la Plata (más formalmente, el virreinato del Río de la Plata a partir de 1776), región con la cual coincide parcialmente, ya que incluye lo que hoy son la República Argentina, el Uruguay, el Paraguay y Bolivia. Adorno y Pautz (1999: I y III), entre otros especialistas, aluden a ambas zonas al estudiar la segunda expedición del jerezano a América, poniendo en evidencia la pertinencia de las dos designaciones.

⁶⁵ Esta *Historia* es conocida como *La Argentina* o los *Anales*.

⁶⁶ Desde luego, se utiliza la denominación portuguesa (Maranhão) cuando se trata del estado actual o de su colonización por los portugueses, la variante francesa (Maragnan) cuando se evoca la Francia Equinoccial y la variante española (Marañón) cuando los cronistas mientan el río que lleva este nombre.

colonial y su eficiencia. Por último, comparo estos relatos con los de Martim Soares Moreno y otros viajeros portugueses para subrayar sus conexiones y divergencias con el vasto corpus sobre la periferia colonial.

En el cuarto capítulo, después de dar cuenta de la representación de la periferia en la producción cultural contemporánea, analizo la crónica *El interior* (2006) de Martín Caparrós con el fin de examinar la imagen de la periferia interna en la narrativa argentina actual.⁶⁷ Se arguye que vuelven a emplearse en este libro algunas estrategias retóricas que ya están presentes en narraciones de la conquista tales como los *Comentarios* de Hernández, pero en un estilo irónico, paródico y desestabilizador. La apropiación de dichos mecanismos hace hincapié en la relevancia de los escritos coloniales para la cultura latinoamericana de los siglos xx y xxi, y viceversa. Una comparación con otros textos sobre el interior argentino (de Roberto Arlt, Héctor Tizón, etc.), en los cuales se pueden percibir ciertas constantes y diferencias, complementa las reflexiones sobre el legado colonial en la crónica de Caparrós.

De este modo, se demuestra que, al entrar en la segunda década del siglo xxi, es necesario dirigir una mirada atenta hacia el principio de la colonización para entender el presente de las regiones periféricas. Para ello, como se advirtió, se deben cuestionar los estereotipos y las ideas preconcebidas sobre tales territorios, evitando victimizar o idealizar a las poblaciones marginadas. Por último, es fundamental apreciar los matices de los niveles de poder involucrados en los procesos de exclusión e inclusión. Esta tarea es aún más urgente en la llamada «era global»: tal como Mike Featherstone y Scott Lash declaran en su introducción a *Global Modernities* (1995), «[i]t is therefore important that we become attuned to the nuances of the process of globalization and seek to develop theories which are sensitive to the different power potentials of the different players participating in the various global struggles» (3).⁶⁸ Se podría incluso argüir que la especificidad de la multipolaridad global es lo propio de la configuración de América Latina en el nuevo orden social.

⁶⁷ Si bien menciono textos de los siglos xviii y xix en este libro, no estudio estos períodos detenidamente porque un análisis de la marginalidad y colonialidad *desde* la época colonial *hasta* nuestros días sería demasiado extenso. Además, me interesa examinar la repercusión del discurso colonial en torno a esta problemática en la literatura contemporánea, en lugar de rastrear su evolución diacrónica.

⁶⁸ Respecto a las desigualdades sociales en el mundo global, Zygmunt Bauman plantea lo siguiente: «I am sure, however, that the explosive compound of growing social inequality and the rising volume of human suffering relegated to the status of “collaterality” (marginality, externality, disposability, not a legitimate part of the political agenda) has all the markings of being potentially the most disastrous among the many problems humanity

Desde ya se puede anticipar que el cierre de este libro es obligatoriamente abierto, puesto que la razón imperial siempre seguirá produciendo periferias. Los países latinoamericanos, ellos mismos considerados periféricos, se encuentran, de hecho, en una coyuntura crucial, ya que se han creado un espacio singular en la lógica neocolonial de las últimas crisis económicas, sobre todo en relación a sus anteriores dueños políticos. Por este y los demás motivos mencionados anteriormente, la presente obra puede ser de interés para todos aquellos que se preocupan por la larga historia textual y vivencial de los pueblos marginados de América Latina.

may be forced to confront, deal with and resolve in the current century» (2011: 9). Ver también Negri y Cocco (2006). Sobre las distintas funciones de la literatura en tiempos globales, ver Spivak (2012).